

# EL DESTRONAMIENTO DE LA DIOSA RAZON

EDUARDO HARO TECLEN

**E**N el año 1793 los revolucionarios franceses decidieron una de las grandes contradicciones de su historia, sobre muchas de las cuales aún vivimos: la entronización de la Diosa Razón. Se trataba de señalar el triunfo de los filósofos sobre el fanatismo. Los filósofos, o la filosofía, representaban el pensamiento libre y sin trabas ni prejuicios, la observación de la realidad y su desarrollo según una lógica positiva; para darle vigor y calidad a este triunfo, los revolucionarios de la Convención, sobre una idea de Chaumette —un periodista violento y anticlerical, situado a la izquierda de los jacobinos: terminó en la guillotina—, decidieron utilizar procedimientos mágicos y religiosos. La razón se convirtió en «diosa». Se eligió para representarla a una joven y carnosilla actriz, Mlle. Aubry, vestida de túnica y gorro frigio, se la condujo en procesión por las calles de París en un trono y se la condujo a la catedral de Notre-Dame donde se celebró la fiesta cívica. Era el 20 brumario (10 de noviembre) y la fiesta no se celebró nunca más: el 20 de mayo siguiente Robespierre decidió que «el pueblo francés reconoce al Ser Supremo y la inmortalidad del alma». Quedaba borrada la frase que Fouché había hecho escribir a la puerta de los cementerios: «La muerte es un sueño eterno». Robespierre decidía ya que «el ateísmo es aristocrático».

Parece que estamos ahora en un momento en el que van apareciendo en el mundo algunas formas mágicas de hacer política, como contraposición a las formas lógicas, que habían predominado en tiempos anteriores. Los fines, o el trasfondo, son casi siempre los mismos. Varía la formulación. Mágica y lógica representan una oposición que tiende a la simbiosis y a que cada miembro trate de apoderarse de los valores del otro: como sucede en todas las oposiciones. Los jesuitas encontraron la fórmula verbal con su lema de «razón y fe», seguros como estaban de que una no excluía a la otra, sino al contrario. Y ya sabemos qué enorme cantidad de materialismo se oculta bajo las pretensiones de espiritualismo. Y, a la inversa,

cómo el materialismo oficialmente declarado ha tenido que apelar siempre a otras trascendencias, a otras sublimaciones o a otra fe para tratar de prosperar y de conquistar los esfuerzos de sus colaboradores de forma que se elevaran más allá de su mero bienestar material.

Los revolucionarios franceses nos dieron ya esa lección. En el fondo de la cuestión, Chaumette y Robespierre se equivalen y si éste guillotino a aquel fue por una cuestión de procedimientos. Para profundizar en el triunfo de la razón y de la lógica, Chaumette buscaba una liturgia y una religiosidad, que deberían sacralizarse; para enfrentarse con la aristocracia Robespierre utilizaba la religiosidad clásica, antigua, del pueblo francés, que no parecía acoger con demasiada tranquilidad, pese a los filósofos, la idea de que su vida acabase con el episodio de esta tierra.

Algunos episodios de los que están sucediendo hoy en el mundo vienen de todo este trasfondo. Uno de los más apasionantes de seguir en este aspecto es el de la acción de la Iglesia Católica en Polonia, apoyando una izquierda, y en España, apoyando una derecha; y siempre con la misma emanación. Podemos considerar una izquierda la que se agita en Polonia, teniendo en cuenta algunos conceptos un poco por encima de los esquemas fijos en que nos movemos. El movimiento polaco se alza contra un «antiguo régimen» que representa un «conservadurismo»: esto es un sistema de valores basados en la sacralización de unos principios, incapaz —por sí mismo o por la presión exterior que le mantiene— de crear una renovación ideológica o social y de salir de un fracaso que se representa por el estado de prostración de sus ciudadanos. El poder fijo impide las libertades, dificulta su expresión, con el objeto de perpetuarse. El movimiento pretende cambiar el régimen —dentro de los límites de lo confesable y de lo posible: y cada día empuja un poco más esos límites, a medida que no observa una reacción en contra demasiado dura—; pretende el triunfo de la razón —el de sus filósofos, que son librepensadores en el sentido de que se oponen a un pensamiento dogmático— y la mejora de las clases trabaja-

doras en forma de más salarios, más alimentos, menos horas de trabajo. No están muy lejos esos móviles de los que representaban los revolucionarios franceses en 1789. Aunque después se guillotinaran unos a otros y terminasen en el gresco a un Imperio nuevamente aristocrático. Por lo cual podríamos deducir que, en el caso de triunfo de esta revolución lenta de Polonia podría abrirse, a la larga, un período más o menos duro de confrontación interior, y quién sabe qué caminos de regreso.

Nadie está exento de ello, y menos las revoluciones sacralizadas. La suerte de algunos revolucionarios cubanos de Sierra Maestra y la mutación de los objetivos es una ilustración; otra, la de las sucesivas tragedias y transformaciones argelinas. Y estamos asistiendo a otro de los grandes datos de esta reaparición de las formas mágicas: la revolución teocrática del Irán, que ahora acaba de cumplir dos años.

La revolución del Irán tiene el mismo esquema de la de Polonia: un «antiguo régimen» —el del Sha y sus castas— sostenido por un poder extranjero, que aplasta al mismo tiempo las libertades y las dignidades humanas y que acaba con los factores de esperanza que no sean los contenidos en su propia retórica; y frente a este antiguo régimen conservador y sin ninguna salida abierta, un movimiento popular que se va fraguando durante años, que va empujando poco a poco los límites de lo posible hasta adentrarse en lo que parecía imposible. Como en Polonia, ese movimiento popular encuentra para su razonamiento y su lógica un motor mágico, religioso. Lo que representa Jomeini en Irán es lo mismo que representa Wojtyla en Polonia, a pesar de las grandes diferencias de ámbito y de todas las posibilidades de violencia. En el Irán la magia ha sustituido a la lógica o a la razón, quizá por la idea de que la consecución de lo imposible sólo puede producirse por la intervención favorable de lo sobrenatural, además de por otros factores más inmediatos. Volvamos a la revolución francesa para buscar los precedentes. El diputado Parisot reunió al Club Bretón en la famosa noche del 4 de agosto de

1789, y la relatada así: decidieron «emplear una especie de magia para, dando una tregua a la Constitución, destruir todos los privilegios de las clases, de las provincias, de las corporaciones». El apelativo de «sagrada» dado a la revolución está presente en todos los discursos, en todos los textos de la época. Un razonador puro se preguntaría si todas las tragedias posteriores de la revolución francesa, su degeneración y muerte, no vendrían de la magia, de la sacralización y la deificación de la razón, como podría preguntarse si la serie de desgracias del Irán, y su sangre y su desorden, no proceden de la transmigración de la magia usada para la revolución en la magia usada para crear un orden justo. Una constante histórica que puede inquietar por el futuro del movimiento polaco.

Porque, evidentemente, un observador situado en un contexto como el español no puede dejar de asombrarse de cómo el catolicismo, y la Iglesia Institucional, puede estar sirviendo como motor a una revolución de libertades. La misma magia, aquí, está teniendo un significado opuesto: el de un apoyo a las clases fijas de poder, al «antiguo régimen», mediante el apoyo a algunas de sus reivindicaciones continuas: el rearme moral, la limitación de libertades de expresión, el reasentamiento de la familia no como agrupación humana de intereses y solidaridades, sino como «célula básica de la sociedad» desde la cual —y a través de la cual— crear un orden de gobierno; la oposición a la enseñanza laica y el reforzamiento de la religiosa. En este último año se ha producido el reencuentro de la derecha española clásica, de la que siente la nostalgia del antiguo régimen con más fuerza aún de lo que sintió su adhesión por él cuando existía, con su Iglesia. Puede que haya sido el acontecimiento más importante de la época llamada de transición, con el efecto de la disolución de Suárez e, incluso, de la misma transición en el sentido de la desaparición del tránsito y la fijación, ya, de valores políticos que considera como definitivos. Podría suceder que la izquierda tratase también de ver fijada su carrera y de recuperar algunos de sus puntos fijos, como el anticlericalismo que había tratado de desterrar por anticuado, por inútil y peligroso y porque en los últimos tiempos de la oposición a Franco y de la lucha por la democracia había sentido una proximidad de gran parte de la Iglesia, o de lo que creía una nueva Iglesia.

Para los intelectuales, el estupor va siendo continuo. Desde hace ya mucho tiempo les viene ocurriendo algo

que perjudica su condición: sienten una especie de ceguera por los medios y una obsesión por los fines. El primer error —un error que viene de otros tiempos y que no corresponde con estos— es el de creer que hay fines: es decir, que cualquier movimiento termina en algo definitivo y, sobre todo, algo que enlaza con un destino mejor. El segundo, como consecuencia, es el de no advertir que los medios están conteniendo en sí mismos la finalidad. La revolución del Irán les estremeció con la fuerza de un movimiento popular contra una tiranía, con el descubrimiento de que las revoluciones son todavía posibles en este mundo y con la ilusión de que daba una dentellada fuerte —en su economía, en su orgullo, en su estrategia— al gran imperio de Occidente, a los Estados Unidos. No quisieron ver —y no lo ven aún algunos de ellos— que los medios teocráticos de esa revolución, el fanatismo, la intransigencia, podrían contribuir a desprestigiar las revoluciones y a conducir al pueblo liberado a un simple estado de magia como sustitución de un estado de justicia social. De la misma manera parecen ahora una curiosa ceguera ante los escapularios, los lábaros, las imágenes, los rosarios, las genuflexiones, los cánticos y hasta las visitas al papa de los polacos; creyeron que el mahometanismo era un medio para desprenderse del imperio occidental en Irán y que el catolicismo militante era un medio para desprenderse del imperio oriental en Polonia, y que de esos medios se podrán desprender los oprimidos cuando no los necesiten. No advierten que están configurando el futuro, por lo menos durante muchos años por venir. Parece que los intelectuales han sido, también, presas de la magia y de la ausencia de razón. Lo cual no quiere decir que han de dejar de apoyar por ello la lucha del pueblo polaco por su independencia, sino que deben comprender la calidad de las fuerzas que hay en todo ello.

En España el regreso de la magia religiosa no tiene los signos externos que en Polonia, entre otras cosas porque aquí están devaluados, mientras allí están magnificados por la prohibición. El movimiento, aquí, busca una forma de razón. Si los revolucionarios franceses dieron religiosidad a la razón, la derecha eclesial española está buscando la manera de que la razón y la lógica entren en la religiosidad. Una de sus fórmulas de mayor uso en estos días es la del «derecho natural»: es decir, la alusión a una fuerza permanente que es de uso habitual en una cierta izquierda: la Naturaleza. La izquierda ecologista acude continuamente a ella y ciertas

formas de la psicología racional —las ciencias del comportamiento, por ejemplo— también. La vieja idea de las leyes naturales comenzó a declinar en el siglo XVII para reaparecer con fuerza a raíz de Darwin y la serie de ideas filosóficas y políticas que se desprendieron: la naturaleza tiene un sentido, una dirección; hay un equilibrio en toda ella, la evolución va en el sentido de lo mejor y en el de la supervivencia del más fuerte. La idea se podía aprovechar en cualquier sentido; en el religioso, poniendo en el principio de la naturaleza la idea de Dios, o en el racionalista, considerando esa fuerza por sí misma, como un determinismo. Es evidente que todo lo que sucedió después —la era industrial, la gran mecánica, la tecnología y ahora la microelectrónica— tienden políticamente a lo contrario, a presentar al hombre como un modificar continuo de la naturaleza, y a ésta como una fuerza enemiga y hostil. La ciencia fue acogida como una magia nueva; su falta de eficacia en resolver el viejo problema de la felicidad comenzó después a rechazarla como a un enemigo. La ciencia capaz de fabricar la bomba, sobre todo. Y capaz, también, de envenenar el aire que respiramos, los alimentos que consumimos; y las relaciones humanas. Un sector importante de los partidarios del progreso se volvió contra ese progreso. Esta devolución de la idea de naturaleza y de derecho natural que hacen ahora los obispos españoles tiene el mismo sentido.

La investigación de por qué el mundo tiende ahora más a lo mágico que a lo lógico tendría que ser larga. Aparece en pequeños detalles. Aparece en las nuevas adhesiones a ciencias de las llamadas naturales, como en la medicina: se buscan hierbas, o sofrólogos, o acupunctores —que lo que hacen es, en teoría, la estimulación de unas fuentes naturales del cuerpo—. Reaparecen los viejos amigos: se multiplica el tarot, la imposición de manos, el péndulo. Las carreras por el campo, la bicicleta, los movimientos gimnásticos...

Poco a poco, la Diosa Razón va bajando de su trono. La empuja Reagan, que ha ganado el suyo apoyado, como se sabe, en un enjambre de asociaciones de rearme moral, de predicadores, de reconstructores del sueño americano. La ceremonia de toma de posesión y juramento, retransmitida al mundo entero, con los cánticos, los rezos, las banderas, el reverendo y el discurso lleno de alusiones a las viejas ciencias es una victoria sobre el kennedismo. Y ha facilitado otro reencuentro a la derecha española, al antiguo régimen. ■